



Asociación Clara Campoamor  
San Fernando

**ORO Y BARRO**

**D. GINÉS MULERO CAPARROS**

## ORO Y BARRO

*Nuestro gran tormento en la vida proviene de que estamos solos  
y todos nuestros actos y esfuerzos tienden a huir de esa  
soledad.*

***Guy de Maupassant***

*Podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la  
primavera.*

***Pablo Neruda***

El alfarero espera a la noche para salir con su carretilla y su pala cruzada a la espalda. Se siente como un ladrón por salir a hurtadillas, con la capa de la oscuridad como aliada. El alfarero tiene sus años, su pensión no le da para subsistir y sigue trabajando bajo la luz de un candil modelando el barro para hacer porrones y vasijas que vende en un puesto de carreteras sin pagar impuestos, con el miedo encaramado a los ojos: no quiere que le descubran y que el subsidio misérrimo se vaya a hacer puñetas por un chivatazo inopinado, la gente del pueblo tiene a veces una lengua desbocada. Tantas

cosas se le han ido al garete en la vida...Por eso sale disfrazado de mendigo, con una capucha raída por las ratas, con una camisa de pana mordida por el tiempo, con unos pantalones de pana arañados por la suciedad, arrastrando el metal pesado: un muerto de carretilla. El camino hasta el lodazal no es largo, pero la artritis le lleva desosegado, hasta tal punto, que no se sabe quién tira de qué o qué tira de quién. El viejo ha vigilado la casa baja y desvencijada de enfrente. Mala noche esta para salir agazapado: hay ojos que brillan como luciérnagas y se clavan en la negrura como espadas de luz. La viejecita de enfrente tiene un velatorio y por su casa han pasado a mansalva familiares y allegados. Su marido se ha muerto de tuberculosis; extraña enfermedad para morir en estos tiempos modernos. Era un campesino honrado y bonachón, pero entre ellos no se hablaban, un día lo decidieron así y hasta el día de hoy....Todo el pueblo pasa en procesión haciendo los honores finales a la viuda. Hay un silencio que destroza los oídos. Solo alguna plañidera estrella de vez en cuando su llanto hipado contra los muros interiores, pero es amortiguado por familiares que ruegan silencio, como si el apócrifo llorar fuera un pecado venial. El viejo alfarero teme que chirríen las ruedas y recorta la respiración intentando almohadillar el ruido de su montacargas. Huele a heno, muchos pueblos lindantes también huelen a heno, otros a estiércol con tantas granja. Nuestro alfarero piensa que aún tiene una oportunidad y eso le hace acelerar el paso por el sendero pedregoso, Ramas afiladas le rasgan el rostro arrugado haciéndole grietas sangrientas, pero no le importa, se siente un guerrero anticuado que todavía puede, a pesar de los años, conquistar. El viejo alfarero no puede llevar linternas; no quiere ser descubierto robando la tierra mojada de todos, junto a la marisma. Podría llegar al sitio a ciegas, ha recorrido mil veces el laberinto arenoso. Jadea. Ya no se ve la casa de su amor de tantos años. Se para a respirar. Quiere

mirar al cielo para coger aliento, la espesura le impide ver las estrellas ver las estrellas pero puede recuperar su resuello. Se mira las uñas llenas de barro antiguo, sus manos parecen de lodo, sus botas están sucias de cieno. Avanza, trastabillándose pero avanza. Se siente un hombre de barro, con la pesadez que tiene esa materia prima, pero avanza. Le lloran los ojos ancianos, le lloran y le brillan. Ve turbio pero avanza. Le queda una, solo una oportunidad y la tiene que aprovechar. Cuando llega al lodazal lo inspecciona. Elige el barro húmedo de mejor calidad y hunde la pala como si entrara en la mantequilla. La urgencia le hace cavar sin descanso hasta que piensa que tiene suficiente lodo para su obra, no necesita abusar del oro marrón. Oye el siseo de una serpiente de agua. El croar de unas ranas. El viento que corta como cuchilla de afeitar. Huye apesadumbrado tirando de la carreta con vehemencia. Cree desfallecer y sigue arrastrando, exhausto. Saca fuerzas de donde no la hay: del fondo de su alma. La carreta se queda atascada. Piensa que no la podrá sacar, que aquí se acabará su odisea, su sueño, su esperanza. Escarba como un poseso con las uñas en la tierra mojada. Una y otra vez. Inútil. Lloro con lágrimas de cenagal. Se siente impotente, roto como uno de sus jarrones mal cocido, un desastre de la naturaleza. Se sienta destrozado, sin darse cuenta de la humedad del charco, sin notar las angulosas piedrecillas que le agujonean las nalgas. No puede rendirse así. Coloca un tronco bajo las ruedas y empuja desgarrándose la piel de las manos. No le importan las llagas, no quiere perder el último resquicio de vida que imagina que le queda. Consigue extraer la carretilla con la futura pieza de arte que ahora mismo es un amasijo amorfo de tierra y agua. Vuelve destrozado y aún le queda todo el trabajo por hacer. Entra en su casa y quiere pensar que no le ha visto nadie. Se enjuaga las manos para empezar su obra. Suda copiosamente. Da gracias al santísimo por haberle dado fuerzas y permitirle salir de una muerte segura, porque si no consigue

regalarle a la viejecita de enfrente su deseo de barro, su corazón, dejará de latir. Había esperado tanto tiempo, tiempo de silencio, de morderse la lengua, de miradas esquivas. El viejo alfarero se sienta en su taburete frente al torno. Pisa el pedal como si fuera el acelerador de un coche. Acaricia el barro con las dos manos mientras rueda y cerrando los ojos viejos....lo siente como si modelara algodón. Sigue pedaleando y acariciando una hora, dos, toda la noche, hasta estar satisfecho con su obra. Empieza a amanecer triste: está nublado, una lluvia finísima empieza a caer como quien no quiere la cosa, la atmósfera es grisácea....Nuestro alfarero modela una tapa preciosa para la vasija. Dibuja con precisión en el barro unas figuras abstractas con un temple de sublime precisión. Mira el reloj biológico de su corazón: late desaforado, pero eso no impide que sus dedos se muevan con excelsa pulcritud. Con un escalpelo repasa el bajorrelieve. Coloca la mejor pieza de artesanía que ha hecho en su vida en el horno. Desquiciado, espera que se hornee. Abrasándose las manos la extrae y la pinta de negro. Con un pincel de pelo de cabello la barniza para que brille con su mejor esplendor. Con una ternura indescriptible la pone en el patio techado para que se enfríe con la baja temperatura medioambiental. Se ducha con la desazón de un jovenzuelo enamorado que quiere ser parte de la primavera, embadurnándose al final de agua de colonia. Se ajusta el nudo de la corbata negra sobre la camisa blanca, la única que tiene de lycra. Se engalana con su traje negro, el exclusivo de los entierros. Y sale de su taller con su ataúd de barro. Sabe (ya se sabe como funcionan los rumores en muchos pueblos pequeños), que el viejo de enfrente le había robado su amor hacía mas de cincuenta años, quería que lo incineraran.

El alfarero anda los treinta metros que le esperan de la ilusión, del renacimiento propio, aguantando una lluvia que se ha hecho espesa. Entra por primera vez en la casa desvencijada de su amor secreto.

La ve enlutada pero precios. Preciosa y con las lágrimas detenidas en medio de las mejillas. Ella le mira con una sonrisa triste y tímida, pero sonrisa al fin y al cabo, gesto que registra en el alma.

Le acompaña a Usted. en el sentimiento -dice. Y le ofrece un viejo anillo de compromiso camuflado, en la base de la urna.

**EL RELATO**  
**ORO Y BARRO**  
**CONSIGUIÓ EL PRIMER PREMIO**  
**EN EL**  
**V CERTAMEN LITERARIO**  
**CONVOCADO POR LA ASOCIACION**  
**"CLARA CAMPOAMOR"**  
**EN EL AÑO 2008.**